

Casas no 20

# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL SEÑOR

DON JUAN VALERA,

el día 16 de Marzo de 1862.



MADRID,

1862.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios 3.



# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

# REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL SEÑOR

DON JUAN VALERA,

el día 16 de Marzo de 1862.



MADRID,

1862.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 3.

DISCURSOS

II

IMPRESA DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DISCURSO

DON JUAN VALERA

DON JUAN VALERA

El día 16 de Mayo de 1922



MADRID

IMPRESA DE MANUEL GALIANO

Plaza de los Ministros, 2

# DISCURSO

DEL SEÑOR

**DON JUAN VALERA.**



SEÑORES:

Tiempo há que tuve la honra, deseada con la mayor vehemencia, y franca y poco modes'amente pretendida por mí, de ser elegido y llamado á tomar asiento en esta ilustre y sábia Academia. Cosa natural parecia que quien tan impaciente se mostró en desearlo, se hubiese apresurado, una vez conseguido, á gozar de ello por completo; y así, no extraño, antes juzgo muy fundada vuestra sorpresa, y áun juzgaria razonable vuestro enojo, si de vuestra bondad se pudiera presumir ó recelar que le hubiéseis tenido, al notar mi tardanza en presentarme ante vosotros á recibir un favor, solicitado con empeño y ahinco, y que vosotros me concedísteis haciendo de mi deseo mérito y dando al fervor de mi pretension valer bastante para que se me lograra.

¿Qué no habreis podido suponer y censurar en mi conducta, al verme en el pretender tan audaz y diligente, y tan tímido y perezoso en cumplir la única condicion que pusísteis al logro de mi deseo, dilatando yo el plazo de satisfacerle?

Daros como excusa y explicacion de esta tardanza mis ocupaciones, antes seria agravar mi falta que no discul-

parla. Para mí no hay, ni debió haber, desde el momento en que, con mano franca y benévola, me abristeis las puertas de esta casa, otro cuidado ni otro empleo más importantes que los de acudir á ella y entrar en ella. Mi modo de proceder no tiene más que una explicacion, y voy á dáros-la.

Escribiendo yo apresuradamente y todos los dias en periódicos, y escribiendo, sobre asuntos que sólo tienen una importancia efimera, obrillas que han de vivir un dia, sin dar tiempo ni para que sean estimadas ni desestimadas, ni para que por ellas se aquilate el valor de mi estilo, apenas me sentí llamado por vosotros, cuando reflexioné que para entrar aquí habia de presentar un escrito, si breve, duradero, y habia de dar razon de mí, la cual, siendo indigna de esta Academia, perpetuaria la indignidad, porque la Academia comunicaria su vida y su duracion á mi escrito, y no seria este como otros muchos escritos míos, perdidos en el inmenso fárrago de los periódicos, y condenados al olvido para siempre.

Estas consideraciones me infundieron grandísimo temor, aunque tardío, y parándoseme delante, cuando he tratado de poner manos á la obra, lo han venido á estorbar, luchando con mi deseo nunca menos vivo de estar entre vosotros, y de ser uno de vosotros, aunque sin merecerlo.

La modestia, el saber profundo y la singular discrecion de la persona, cuyo asiento voy á ocupar aquí, del Sr. don Gerónimo del Campo, en cuya alabanza no me dilato, por haberlo ya hecho una elegante y autorizada pluma, contribuian asimismo á retraerme y á acobardarme, temeroso del parangon y de la competencia que habia de hacer su recuerdo, grabado en vuestras almas, con el humilde sujeto que os habla ahora.

Yo que soy orgulloso, pero que tengo poquísima vanidad, vacilaba y me arredraba. Por último, venció en mí el anhelo de alcanzar la honra de pertenecer á esta corporacion; pero todavía hubo de salirme al encuentro una dificultad graví-

sima. ¿De qué acertaría yo á hablaros que pudiese fijar vuestra atencion? ¿Qué podría yo deciros que no supiéseis? ¿Qué punto tocaría yo que no os pareciese enojoso?

Mucho he cavilado sobre esto, y al cabo he pensado que nada sería menos impropio, nada más natural que traeros noticia, al entrar en este santuario de las letras, de lo que se piensa de las letras entre los profanos, comparando la mente del vulgo, su pensamiento sobre el lenguaje, en sus dos manifestaciones, la prosa, y la poesía, con el pensamiento que en esta Academia preside. Yo, señores, no presumo de enseñaros nada; sólo quiero exponeros mi parecer, y transmitir mis observaciones sobre la idea vulgar que hoy se tiene acerca del habla castellana, y sobre la idea, que en mi sentir debe de tener esta Academia. El punto en que coinciden, ó sería razonable que coincidiesen el vulgo y los discretos y los doctos, es la poesía popular, la cual será también asunto de mi discurso, pero más como ejemplo y medio de mostrar mi pensamiento, que como fin y objeto de él.

Andan ahora muy validas ciertas opiniones, que, con apariencia de verdad, envuelven errores lastimosísimos, los cuales importa combatir y deshacer, no cortándolos y segándolos, como mala yerba, del ameno y fértil campo de la literatura, sino cavando en él profundamente, hasta hallar sus raíces, para arrancarlas de cuajo, á fin de que no retoñen.

Yo creo que nunca como ahora es fácil obrar de este modo, porque á la crítica, fundada antes en la mera experiencia, y por consiguiente, limitada, como todo lo que proviene de la induccion, ha sucedido otra crítica, deducida de altos principios filosóficos, la cual comprende todos los casos particulares, y sirve de norma y regla para esclarecerlos y juzgarlos. Así como hay una ciencia matemática, que determina las leyes, segun las cuales percibe y abarca el entendimiento todos los seres del universo sensible, así hay también una filosofía del arte, con cuyo auxilio y luz,

si no se va tan seguro y si no se ve tan claro como con las matemáticas, se alcanza y se columbra más que con los simples preceptos, fundados en el sentido comun ó en la observacion juiciosa, aunque no sostenidos en otro más filosófico y sólido fundamento.

No soy denigrador del tiempo presente. Creo que pocos períodos literarios más brillantes y más fecundos ha habido en España que éste en que vivimos. Pero reconociendo, como reconozco, sus excelencias, no puedo menos de notar sus defectos, y no quiero disimularlos por alcanzar favor entre el vulgo. El saber, así en literatura como en otras muchas cosas, se ha extendido maravillosamente en estos últimos años. Y esto, aunque ha traído muchos bienes, no se ha de negar que ha traído inconvenientes no pequeños. El saber no se ha derramado por todas partes, al modo que se derraman, con tiempo y medida, por mil canales distintos, las aguas de una esclusa, y van á regar y á fecundar la tierra, sino como estas mismas aguas, cuando rompen con ímpetu y furia el malecon que las detiene, y van á inundar los campos, que no están preparados á recibirlas, y que sólo producen zarzas y abrojos, fecundados por su riego.

De la divulgacion del saber ha tenido por fuerza que originarse un saber imperfectísimo y vicioso, sólo comparable con esos abrojos y esas zarzas, de donde, como fruto desahogado y amargo, nacen el menosprecio del verdadero saber y las erradas doctrinas en que este menosprecio se apoya.

La política, la filosofía, todas las ciencias y artes, que hoy en España se cultivan, adolecen por lo comun del mismo achaque. Hay una falta de respeto á la autoridad, que, si fuese razonable, hallaria disculpa á mis ojos, pues atribucion propia de la ciencia es desconocer y aún negar la autoridad, en nombre de la razon: pero que condeno, por ir las más veces contra la razon misma, buscando para ello pretextos vanos y apoyándose en paradojas ó mal entendidas verdades.

De estas verdades entendidas á medias, de estos errores que, por ser incompletas verdades, son más peligrosos y contagiosos que los errores en todo, voy á combatir los que al lenguaje se refieren ó en él influyen, prevaleciendo hoy, no ya sólo entre el vulgo, sino entre bastantes personas de notable ingenio y de alguna educacion literaria. Pues es de saber que estos errores no emanan siempre de total ignorancia, antes se fundan á veces en la pasion y proceden de otros ó filosóficos ó políticos, partiéndose en dós corrientes opuestas; la de aquellos hombres que sueñan con un progreso omnímodo y quieren una renovacion universal, y la de aquellos que, apegados á la tradicion, retroceden ó se aíslan. Ambas corrientes, en lo que toca á la lengua y á la literatura, tienen cierto carácter democrático. Unos son amigos de lo nuevo, y creen que el mucho saber que han adquirido, y los altos pensamientos filosóficos que conciben, y las novedades peregrinas que enseñan, aprendidas las más en libros franceses, no caben en la estrechez de nuestro idioma y quieren ensancharle para que quepan en él con holgura; por donde le afean y le destrozan de una manera bárbara. Otros, entendiendo mal lo que por popular, así en poesía como en prosa, ha de entenderse, y juzgando que no es bueno sino lo que al vulgo place, y lo que está al alcance del vulgo, se bajan hasta él en el pensar y en el sentir, y sólo emplean en lo que piensan, sienten y dicen, las palabras más vulgares y usadas, censurando al que se vale de otras más raras, nobles y sublimes. Así avillanan, amenguan y mutilan nuestro idioma, de suyo rico y hermoso. Pero tanto los que piensan de una manera, como los que piensan de otra, suelen convenir en un punto, á saber, en que la inspiracion no es compatible con la reflexion y la crítica, y en que la inspiracion decae ó muere, cuando la crítica y la reflexion se le adelantan. De aquí nace la vana creencia de que el escribir no es arte, sino instinto; de que el pensamiento es lo que vale, y de que nada vale la forma;

estableciendo entre el pensamiento y la forma de que va revestido una diferencia y hasta un divorcio que jamás existieron.

Del primer defecto adolecen muchos de los nuevos filósofos y políticos, que abusan de un tecnicismo innecesario, y que piensan mejorar el lenguaje alterándole y hasta vaciándole en una nueva turquesa, sin comprender que todas sus teorías, y aún otras más sutiles, alambicadas y profundas, pueden expresarse en el habla en que nuestros grandes místicos se expresaron. Es más, yo entiendo que si la filosofía hubiera menester de una renovacion del idioma español para medrar y florecer en España, deberíamos todos los españoles abandonar para siempre el estudio de la filosofía. Si una nacion como la nuestra, que lleva ya tantos siglos de civilizacion, aún no hubiese creado un idioma propio para las ciencias filosóficas, y capaz de expresar sus verdades, seria señal evidente de que el espíritu filosófico de los españoles era nulo, y vano el empeño de importarle de Francia ó de Alemania. Bueno es que un sistema, que una doctrina se importen, pero no puede importarse el espíritu que ha de comprenderlos, apropiárselos, imprimirles un carácter nacional y castizo, y hacerlos fecundos. Así es que cuando yo leo los libros de filosofía que privan ahora, donde, para mostrar ideas de algun soñador ó pensador alemán, se vale quien las divulga de frase bárbara y peregrina, me aflijo por él y por todos los españoles, y llego á dudar de si serémos aptos para esta clase de estudios. Llego á temer asimismo que el espíritu nacional, ofendido del menosprecio en que se tiene su primera y más espontánea manifestacion, la lengua, nos deje de su mano y se retire y aparte de nosotros.

Y no se crea que condeno la introduccion de sistemas de otros países; no se crea que entiendo de un modo mezquino lo castizo y lo nacional, fingiéndome en mi patria una originalidad que no existe ni ha existido nunca, y encas-

tillándome en mi patria para conservarle esa originalidad fabulosa. Harto sé que una ciencia, una verdad, una doctrina no deben desecharse por ser extranjeras. Por cima del espíritu nacional está el espíritu de la humanidad toda, el cual contiene en sí á los demás espíritus y lleva en su seno las más diversas y originales civilizaciones. Espíritu nacional que se aísla, civilización nacional que se aparta de ese espíritu superior, que no le sigue en su constante movimiento, en su ascension perenne, es como ramo que del árbol se desgaja, es como flor que, desprendida del tallo, se marchita y fenece. No es justo ni útil, sino perjudicial y mortífero el apartarse del espíritu de la humanidad. Cuanto de él proviene es propio de las naciones todas. En la suprema órbita, en la sublime esfera en que él gira y por donde lleva todas las cosas á su término de perfeccion, y va elevando á todas las inteligencias creadas; las inteligencias todas han de estar en comunión y consorcio, si no quieren perecer; porque aquella es su vida (!).

El arte vino de Grecia y de Italia, la religion de Palestina; mas no por eso dejaron de ser recibidos como propios, no como forasteros y extraños. Y sin dejar de ser el arte entre nosotros la realizacion de la belleza, tal como la conciben y la aman todos los hombres, y sin dejar de ser la religion la única verdadera, la universal, la católica, el arte y la religion tuvieron en España, en cuanto era compatible con el distinto sér de ambas cosas, esto es, más ó menos ac-

(!) Esta existencia, esta vida propia y superior que doy aquí al espíritu nacional, y sobre el espíritu nacional al espíritu del mundo, es doctrina de Hegel, y aún se asemeja á la doctrina de Emerson, en su ensayo titulado *Over-soul*: pero en la filosofia del alemán y en la del anglo-americano hay un grande elemento platónico, que es el que acepto, desechando el elemento panteístico. Yo doy cierta realidad al *alma suprema* ó al *espíritu del mundo*, como se la doy á otras ideas, que como ideas están en una sola idea, y ésta, en Dios; si bien no deja de existir el mundo real, con existencia distinta.

cidentalmente, su carácter propio, su fisonomía española, ya considerado en sí cada uno, ya ambos en su fecundísima union. De esta suerte, las vírgenes de Murillo son creaciones católicas, universales; responden al pensamiento que de la Virgen madre tiene todo el género humano, y no dejan de ser obras españolas, castizas, propias del arte español. De esta suerte también, *Los nombres de Cristo* de Fray Luis de Leon, en su esencia, son católica, universal teología, y en sus accidentes, no sólo de la forma, no sólo del lenguaje y del estilo, sino hasta del giro y condicion peculiar del pensamiento, son castizamente españoles. Ni dejando de ser originales y castizos, siguieron entre nosotros, á Zenon y á Séneca, Quevedo; á Platon, Fonseca; y á Aristóteles, otros muchos sábios.

La civilizacion es una, el espíritu es uno, la idea es una; pero se manifiestan de diverso modo entre cada nacion, entre cada gente, en cada lengua y en cada raza. No envian á ellas sus adelantos para que se sobrepongan al saber antiguo y á la antigua y propia civilizacion, ni para que ésta crezca, como crecen los cuerpos inorgánicos, por superposicion de capas, sino que se infunden en las entrañas de su maravilloso organismo, y se identifican con él por tal arte, que vienen á convertirse en una misma cosa; y el nuevo elemento de civilizacion y la civilizacion antigua cobran el mismo sér y la misma sustancia, y juntos constituyen una sola esencia, dentro de la universal civilizacion, y subordinados al espíritu que lo comprende todo.

Digo, pues, que si los sistemas novísimos de filosofía alemana ó francesa viniesen de este modo á nosotros, serian aceptables por todo estilo. Lo que hubiese en ellos contrario á nuestro espíritu nacional desaparecería, se segregaría de él, cuando él se los asimilara; lo que no le fuese contrario vendria á corroborarle y á magnificarle.

Esta es la salud, y este el verdadero progreso del espíritu de una nacion. Las nuevas ideas entran en él y no se le

sobreponen. Son como los alimentos en un cuerpo orgánico y sano, que se transforman en la propia sustancia del cuerpo y le dan nutrimento y desarrollo, apartando de sí lo que repugna á su naturaleza.

El lenguaje, que es la obra más instintiva del espíritu nacional, crece ó puede crecer, pero sin alterarse en la esencia, ni aún en la forma. Los idiomas llegan acaso á un momento de perfeccion, en el cual no es posible tampoco mayor crecimiento orgánico y verdadero, sino excrecencia inorgánica, aluvion de voces bárbaras venidas sin orden ni concierto, y sobrepuestas y abrazadas á él, para empañar su tersa y pulida belleza, secar su frescura y consumir su vida. Las palabras y los giros, introducidos así, son como la yedra, que se ciñe á un tronco viejo y le da cierta apariencia vistosa de verdura, pero apretándole de tal suerte que le seca, y le impide al cabo echar sus naturales hojas y su propio fruto. Pasados ciertos períodos de civilizacion es difícil que un idioma se mejore: ó conserva su sér, con leves alteraciones accidentales, ó decae y se corrompe. Así el latin, despues del siglo de Augusto, empieza á adquirir aparente riqueza de palabras célticas y de otras lenguas bárbaras, y sin embargo, ó por lo mismo, decae. Y si el griego no decae tambien, despues del Magno Alejandro, y si en muchas ocasiones guarda aún y luce su hermosura, se lo debe á la exquisita delicadeza y á la duradera virtud del ingenio helénico, al buen gusto de aquella nacion, y al estudio asídúo y constante de los antiguos modelos. Así es cómo, despues de las conquistas de Alejandro, florecen aún la literatura y la lengua griegas, bajo el cetro y la proteccion de los Ptolomeos, dando dichosa muestra de sí en Teócrito, en Calímaco, en Apolonio de Rodas, imitado por Virgilio, y en otros poetas líricos, épicos y bucólicos; se dilatan, pasando por el excelente y divino Plutarco, hasta los últimos tiempos del imperio de Roma; y muestran, si bien de una manera artificial y estudiada, la

primitiva candidez y la juvenil frescura, en *Las Pastorales* de Longus, y la severidad didáctica y la claridad y nitidez del estilo, en los escritos del maestro de la gran Zenobia. Este esmero y cuidado que pusieron los griegos en conservar su idioma, y por consiguiente, el espíritu nacional, que en él está embebido, les sirvió de mucho para conservar también el sér de su civilización, y para difundirla y verterla por el mundo, desde el Cáucaso hasta la Libia, desde la India y la Persia hasta más allá de las columnas de Hércules, aún después de arruinado su poder político y derrocado su imperio. Después de las conquistas del héroe de Macedonia, llevaron por toda el Asia su saber y su literatura, la cual penetró y hasta influyó en la India, creando allí tal vez el arte dramático y modificando la filosofía, ora por el trato frecuente con la corte de los reyes griegos de la Bactriana, ora por el comercio de las naves griegas que por el Mar Rojo iban de Egipto, ora por los embajadores y sábios que enviaban los Seleucidas y los Ptolomeos entre los Bramines (1). Las colonias griegas, esparcidas por todo el mundo conocido entonces, desde Marsella hasta Crimea, desde el Ponto y la Armenia hasta el Penjab, guardaron en su pureza el espíritu nacional y el habla en que se contiene, y produjeron brillantísimas escuelas literarias, como, por ejemplo, la de Tarsos, que dió nacimiento á Strabon. La influencia de la literatura griega se extendió indudablemente hasta China, y acaso contribuyó á perfeccionar la secta de Lao-Zú. Roma vencedora se rindió también á las artes y letras de Grecia; los árabes las aprendieron é imitaron; y aún en época más reciente, los refugiados de Constantinopla,

(1) Sobre el influjo de la literatura griega en las ciencias y en la poesía de la India, se puede ver la obra del doctor A. Weber, titulada *Akademische Vorlesungen über indische Literaturgeschichte*. Puede leerse asimismo una sabia disertación del propio autor, que lleva por título: *Die Verbindungen Indiens mit den Ländern im Westen*.

presa de los turcos, concurrieron al renacimiento de la civilización entre los latinos.

La religión cristiana, lejos de alterar ó cambiar el espíritu y el idioma de Grecia, vino á darles, engertándose en ellos, nueva fecundidad y vida. Los Santos Padres algo más nuevo traerian que expresar y que decir, que los imitadores de los filósofos alemanes que tenemos hoy en España. Los Santos Padres, no sólo traían una filosofía nueva, sino nueva religión, nueva moral, y nueva política, y sin embargo no creyeron indispensable ni conveniente buscar otras palabras y otros giros, afear y dislocar el griego, para expresar en él tan grandes novedades; las mayores novedades que ha habido en el mundo. ¿Por qué, pues, se ha de afear y dislocar el castellano para expresar en él las novedades de Kant, de Hegel, ó de Krause?

La verdadera y gran corrupción de la lengua griega vino después, con el Bajo Imperio, y coincidió con la admisión de voces peregrinas, que desfiguraron y empobrecieron el idioma, haciendo caer en desuso las voces propias y acabando con su riqueza en las formas, las cuales se simplificaron, analizándose ó desatándose (!).

Esto tiene su razón de ser filosófica, porque cada lengua brota del genio de la raza que la habla, como brota la flor de su germen, y ya en el germen van todas las condiciones y todas las excelencias de la flor cifradas y compendiadas: de suerte que lo que no está en el germen es imposible que más tarde en la flor aparezca y logre desenvolverse, y tacháramos de loco al que quisiese poner en la flor otra hermosura ú otro perfume de los que en su naturaleza hay, porque éste, en vez de mejorar la flor, la deshojaría y marchitaría.

(!) Sobre las diferencias que median entre el antiguo idioma griego y el de ahora, véase el Συνοπτικός παραλληλισμός τής ελληνικής και απλοελληνικής γλώσσας, escrito por Julio David.

Las lenguas, si pensamos cristianamente, se ha de creer que nacieron por revelacion, de un modo divino, y, si por acaso seguimos el parecer de los más sábios filósofos y etnógrafos racionalistas, se ha de suponer que nacieron por inspiracion, esto es, de un modo semi-divino, aunque natural, en el momento misterioso en que se despertó la conciencia del linaje humano. Las lenguas, pues, ya se discurra de un modo, ya de otro, fuéron fruto del instinto, de la espontaneidad, del milagro: no de la reflexion y del estudio. Cada pueblo creó la suya, como forma sensible, como emanacion de su genio, inspirado por el espectáculo de la circunstancia naturaleza. Cuando el idioma fué primitivo, le sacó todo de su propio sér; y cuando fué derivado, puso en su fábrica materiales del antiguo, ya corrompido ó muerto. En el primer caso, el pueblo se puede afirmar que se creó á sí propio: en el segundo, que se transformó en otro pueblo. La adopcion de un nuevo idioma no es posible sin una mudanza grandísima en el sér del pueblo que le adopta. Pero el pueblo, ora cree, ora mude el lenguaje, lo hace instintivamente: los sábios y escritores que anhelan realizar cambios tan radicales, sólo consiguen corromper y no crear. La reflexion rara vez pone en el lenguaje perfecciones y calidades nuevas, si bien las ordena y clasifica: la reflexion apenas desenvuelve el lenguaje, si bien escribe y formula las leyes naturales que presiden á su desenvolvimiento. La gramática, la retórica y la poética, posteriores á Homero, á Herodoto y á Tucydides, no hicieron más que enseñar á escribir reflexivamente, como por instinto escribieron aquellos admirables escritores (1).

En suma, así como los chinos se han elevado á un grado

(1) Hemos tenido en cuenta al hablar de estas cosas, *L'origine du langage*, de Renan, *Der Ursprung der Sprache*, de Steinthal, y lo que dicen los modernos apologistas católicos, como Wiseman, Nicolás y otros.

de civilización altísimo y han conservado una lengua monosilábica, menos rica de formas que la lengua de los hotentotes; así como el griego no se hermoseó ni perfeccionó, sino que decayó, al aceptar palabras y modismos bárbaros; y así como San Clemente de Alejandría, San Gregorio de Nysa y San Juan Crisóstomo, en prosa, y San Basilio, Synesio y Nonno, en poesía, escribieron y cantaron como Platon, Demóstenes, Aristóteles y Homero, aunque escribían y cantaban de la nueva más pasmosa, de la *buena nueva*, y aún de mucho de la novísima civilización, que de ella emana y que ya en esperanza iban descubriendo; así me parece que nuestra lengua, aunque fuese tan defectuosa como la de los chinos, permanecería tan defectuosa, ó dejarían ellos de ser chinos y nosotros españoles; así me parece que la introducción de tantas voces y giros nuevos, lleva á la corrupción y no á la mejora; y así me parece, por último, que, imitando en algo á los padres griegos, pudieran estos filósofos de ahora introducir esas novedades germánicas, que al fin no son tan altas ni tan extrañas novedades, acomodándolas de modo que se hicieran consustanciales á la índole y sér del espíritu y del idioma de nuestra nación. Todo lo demás que se haga se puede tachar de extrañamiento y de apartamiento de la patria, si no en cuerpo, en alma, que es muchísimo peor. Es como si dijéramos al espíritu nacional:—Quédate ahí, que estás viejo y torpe, y yo me alejo de tí, y sigo el vuelo del espíritu del mundo, y me remonto con él á regiones más serenas, elevadas y puras, á donde tú no puedes seguirme.

Y no se crea que hago por acaso, sino adrede y muy de propósito, esta especie de identificación y de unificación del espíritu nacional y del habla nacional; porque el habla es una misma con el espíritu; es su emanación, es su *verbo*. Por manera, que donde decae el idioma, bien se puede afirmar que el espíritu nacional decae, y donde el habla se ha enriquecido con grandes é inmortales obras y guarda su pu-

reza y su hermosura, el espíritu nacional cuenta con esperanzas de vida imperecedera. Por medio del habla dan al mundo los pueblos su pensamiento y se entienden con el espíritu de la humanidad toda, de quien suelen ser como ministros y como los medios de que él se vale para comunicar con otros pueblos más atrasados y de más baja civilización, levantándolos hácia él y llevándolos por sus encumbrados caminos.

Los pueblos que hasta cierto punto se puede afirmar que son mudos, ó dígase, que no han tenido grandes escritores y poetas, que no han dado á los demás hombres ningun sublime pensamiento, éstos no tienen tanta obligacion de guardar su idioma; pero pueblos, como el español, tienen una obligacion grandísima de guardarle. El habla es el sello de nuestra nacionalidad y de nuestra raza, uno de los títulos de nuestra nobleza, y vosotros sois sus custodios y defensores.

Tan cierto es que el habla es sello de nacionalidad, que para explicar el olvido del comun origen, háy que apelar á la confusion de las lenguas. Hablando los hombres idiomas diferentes, pudieron dispersarse, y, dispersos, olvidar que eran hermanos. Así como el olvido del habla hace olvidar la fraternidad, así la comunión del habla la conserva y hasta la crea. El pueblo griego conserva su idioma, aunque adulterado, y este idioma le sirve de signo y es despertador de su nacionalidad, despues de siglos de cautiverio; en Italia, se crea una sola lengua, y esta lengua, á pesar de la diversidad y multitud de Estados, es signo y argumento en Italia de la unidad de la nacion; una lengua algo diversa de la que hablamos y un gran monumento escrito en esa lengua, *Os Lusíadas*, son el mayor obstáculo á la fusion de todas las partes de esta Península; Camoens se levanta entre Portugal y España, cual firme muro, más difícil de derribar que todas las plazas fuertes y los castillos todos.

Para ponderar el lazo de union que es el habla viva, no

hay más que considerar lo que puede una lengua, áun despues de muerta, áun despues de disuelta ó rota la sociedad en que se hablaba. Las naciones neo-latinas se creen áun con cierto grado de estrecho y amistoso parentesco; y en la mayor extension de América, á pesar de nuestras desavenencias, reconocen sus habitantes ser nuestros hermanos, y el sello de esta fraternidad es el habla.

Los grandes escritores son los que graban este sello, con delicado y fuerte buril, en el oro y en las joyas de sus escritos, y los que le hermocean, estrechando más el lazo de union y perpetuándole. Por eso decia Carlyle, con mucho fundamento:—Que, si le dijeran que eligiese para su patria entre la pérdida de Shakspeare ó la de las Indias Orientales, preferiria la segunda, porque tarde ó temprano se han de perder aquellas colonias, mientras que el glorioso poeta vivirá vida inmortal, y será leído en los más remotos ángulos de la tierra, por donde la Gran Bretaña ha derramado á sus hijos, y cuando éstos se hallaren separados políticamente de la metrópoli, no sólo en América, sino en Australia y en otras islas y regiones del Pacífico y del Atlántico, se jactarán, al leer á Shakspeare, de ser ingleses.

El lenguaje identifica de tal modo las ideas y los sentimientos de los hombres, que la Providencia se ha valido, sin duda, de este medio poderoso para los dos más importantes fines, para los dos acontecimientos más trascendentales que registra la historia; la preparacion evangélica y la predicacion y pronta difusion del Evangelio por el mundo. No significa otra cosa la hazaña del hijo de Filipo de domar el mónstruo Bucéfalo, que el haber fundido en una, despues de domarlas, ambas civilizaciones, la griega, representada por el caballo de Neptuno, y la asiática, de que era símbolo el toro de Moloch. Sus rápidas conquistas extendieron por el misterioso Oriente, con el lenguaje, la civilization de los helenos, y la hicieron más comprensiva y fecunda, sembrando en ella las filosofías, las tradiciones y

las esperanzas de otros pueblos, y dándole capacidad, brio y poder de que en su seno naciese la civilizacion cristiana; y las conquistas de Roma, imponiendo más tarde á las vencidas naciones, con la lengua del Lacio, la misma civilizacion, las mismas costumbres y la misma ley, las predispuso á recibir otra ley más blanda y suave, otra civilizacion más universal, santa y pacífica.

El sentimiento de la importancia unitiva de la lengua le tuvo y le expresó con hermosa energía, uno de vuestros más ilustres compañeros, cuya pérdida aún lamentamos, uno de nuestros más egregios poetas, cuando dijo á los pueblos de América que serian españoles y no americanos, añadiendo con tono profético:

Mas ahora y siempre el argonáuta osado,  
Que del mar arrostrare los furores,  
Al arrojar el áncora pesada  
En las playas antípodas distantes,  
Verá la cruz del Gólgota plantada  
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Patriótico vaticinio que no se cumplirá, si proseguimos por la senda que han tomado los filósofos, pues llegará á trastrocarse la lengua para exponer las teorías filosóficas germánicas y tal vez las doctrinas políticas y económicas francesas, de modo que la lengua de Cervantes será una lengua muerta, no pareciendo probable que se conserve en América lo que en España se desdeña y destruye.

Ya se debe comprender que al censurar el vicio de trastocar la lengua, juzgándola incapaz, en su pureza, de expresar las altas especulaciones del día, no voy tan léjos que condene la admision de los nuevos vocablos que sean indispensables para las ciencias, vocablos tomados casi todos del griego y lo mismo aceptados en español que en los demás idiomas. Antes condeno el vicio de aquellos que los empo-

brecen por atildamiento nimio y por escrupulosa elegancia, ó bien desechando voces técnicas necesarias, ó bien excluyendo otras por anticuadas, rastreras y poco dignas, sobre todo en verso. De este último achaque adolecieron los escritores del siglo de Luis XIV, y una manera idéntica de escribir prevaleció en Italia y en España, cuando vino á ellas el pseudo-clasicismo francés, el cual hizo más correctos y cultos á los escritores, más ordenada y tersa el habla, pero la empobreció, así en Francia, como en Italia y en España, en palabras, frases y giros, siendo mucho más doloroso y grande el empobrecimiento en las naciones imitadoras, que en aquella que nos sirvió de pauta y guía, y donde la majestad y sublimidad de algunos escritores recompensaron con usura los mencionados defectos. Los escritores del siglo de Luis XIV, no son tan ricos en palabras y frases, como Montaigne, ó como Amyot, pero la diferencia es más notable y mayor la desventaja, por ejemplo, entre Metastasio y Dante, entre Melendez y Lope de Vega.

Tampoco soy yo de los que, por amor al lenguaje y á su pureza, se desvelan y afanan en imitar á un clásico de los siglos xvi y xvii. Prefiero una dición menos pura, prefiero incurrir en los galicismos que censuro, á hacerme premioso en el estilo, ó duro y afectado.

Pero no son estos vicios los peores; el peor de todos, mucho peor que el de los que sostienen que es bueno trastocar el habla para que entren y se expresen en ella las flamantes filosofías, es el de los que apetecen y buscan lo vulgar, confundiéndolo con lo popular, los cuales yerran al escribir, así en el pensamiento como en la forma, y no sólo posttran y envilecen el habla, sino también el espíritu.

Varios y opuestos son los orígenes de este vicio, de donde procede que el vicio mismo tiene calidades varias y opuestas; y como donde más resalta es en la poesía popular ó en lo que presume de serlo, voy á discurrir sobre lo que es esta poesía.

Empezaré repitiendo aquí lo que se dijo, no há mucho tiempo, á este propósito, en cierta obrilla, que empecé á publicar en compañía de uno de los señores académicos, vuestros compañeros, esto es, que en nuestros dias se apetece más saber la historia íntima y psicológica de los pueblos que la estruendosa y exterior de los reyes y tiranos, sus dominadores; más el armónico y constante desarrollo del humano linaje, que la genealogía y sucesion de los príncipes. La facilidad y la prontitud con que se recorre la tierra toda, han hecho que se adquieran noticias de las más peregrinas literaturas, como de la índica, por ejemplo, apenas conocida un siglo há, y la série de revoluciones que han agitado y agitan aún á Europa, han aguzado, con la experiencia de lo presente, el instinto y la perspicacia de los hombres para comprender lo pasado, y no sólo la historia, sino las literaturas de pueblos remotos ó distantes han sido mejor comprendidas. A esta excelencia de nuestra crítica contribuyen, con la mayor erudicion y con la mayor perspicacia de que ya hemos hablado, sistemas filosóficos más comprensivos que los antiguos, y más que nada, el principio existente en todos ellos de considerar el conjunto de los hombres, no ya como una idea general y abstracta, sino como un sér indiviso, del que formamos parte, interesándonos por la vida del todo, como por una vida superior en que vivimos. Así es que la palabra *humanidad*, que indicaba antes ó la condicion de ser hombre ó la virtud de ser humano, no sólo significa hoy una calidad, sino que, en sentido más alto y más generalmente usado, significa una entidad; la entidad viva del conjunto de nuestra raza. Convenimos en que esta idea puede conducirnos, á poco que se exagere, á hacer de la humanidad una apoteosis panteística; pero encerrada dentro de sus justos límites, aviva la filantropía y despierta nuestro interés por todos los hechos de los hombres y por todas las manifestaciones de su espíritu.

A estas razones, que movieron á coleccionar y á publicar

en casi todos los países, los cuentos vulgares, como los de Alemania, por los hermanos Grimm, los polacos, por Woysiaki, los de los montañeses de Escocia, por Gran Stewart, los del Sur de Irlanda, por Crofton Croke, por Souvestre los bretones, y así otros muchos, vienen á unirse, cooperando al estudio de la poesía popular de cada pueblo, el patriotismo que se despertó por las guerras invasoras de Napoleon I, y el deseo que muestran desde entonces todas las naciones de hacer patentes los títulos de su independencia y de reivindicar lo que ahora se llama su *autonomía*; deseo justo y útil, si, con la pintura de pasadas glorias, no excitase á muchos á querer remontar la corriente de los siglos y á retroceder á la barbarie, soñando en renovarlas; si, por querer guardar y hacer constar las diferencias que á las naciones separan, no los llevase á romper ó desatar los lazos que las unen; y si, por afirmar la variedad, no propendiese, en ocasiones, á negar la unidad en que la variedad se resuelve.

De todas las causas que he apuntado se originan el empeño y el estudio puestos en recoger piadosamente los cantos populares y en coleccionarlos. Du Méril y Follen lo han hecho con los latinos, con los servios Talvj, y Marcellus y Fauriel con los griegos. El vizconde Hersart de la Villemarqué, ha recopilado y estudiado las leyendas bretonas; Simrock ha traducido en el alemán de ahora los *Nibelungen* y algunos cantos de los *minnesinger*; los finlandeses han resucitado y reconstruido con fragmentos dispersos su grande epopeya del Kalevala: Aguiló y Milá y Fontanals han hecho sendas colecciones de romances catalanes, y Garrett ha restaurado y publicado los portugueses.

Citar aquí el inmenso cúmulo de obras, de colecciones, de comentarios, de disertaciones críticas, que de poesía popular y sobre poesía popular se han escrito y publicado, sería prolijo por demás y ageno á mi propósito. Baste decir y saber, que, para gloria de España, no hay en nación alguna cantos populares que, ni en calidad ni en abundan-

cia, puedan rayar tan alto, ni siquiera competir con nuestro romancero, en cuyo estudio, formación y divulgación, tanta y tan merecida fama han adquirido algunos ilustres individuos de esta Real Academia, y singularmente el señor Duran, cuya nombradía y reputación se extienden y crecen en la docta Alemania, donde es apellidado por Wolf y por otros críticos el más eminente de los nuestros.

Lo que yo quiero advertir no es sino el error vulgar que de este estudio y afición á los cantos populares ha nacido, poniendo muchas personas entre ellos y la poesía erudita cierta enemistad y antagonismo, y despreciando á ésta para ensalzar más á aquellos. Muchas personas han acabado por preferir los ahullos poéticos de los caribes á las odas de Horacio; los himnos latino-bárbaros de la edad media, á la *Cristiada* de Vida; y una *cancion de gesta* á la *Eneida* ó á la *Jerusalén*.

Nace esto, á mi ver, de la equivocada inteligencia de la poesía popular y del incompleto conocimiento de su historia. El carácter esencialísimo que distingue á la poesía del pueblo es el ser impersonal, mas no porque no sea obra de un poeta, cuyo nombre se sabe á veces, sino porque en las épocas de espontaneidad el poeta no se pone en sus obras. En las épocas de espontaneidad el poeta no vuelve sobre sí mismo, no reflexiona, no le deja tiempo para reflexionar el espectáculo de los casos humanos y de la naturaleza inexplicada y misteriosa que le rodea, sobre la cual se difunde su espíritu en vez de reconcentrarse y abismarse en su propio centro: por donde los poetas de aquellas edades no son *sugetivos*, como se nombran y son muchos de ahora; antes borran por completo de sus obras toda su personalidad.

De Aquiles de Peleo canta, Diosa,

dice Homero. Ni siquiera es él, sino la diosa la que canta. Pero que sean ó no personajes reales ó fabulosos los autores

de los poemas homéricos, ó de los himnos del Rig-Veda, importa poco á nuestro propósito. Aquellas poesías son populares porque llevan en sí todo el pensamiento y todo el corazón de los pueblos.

Esto no prueba, sin embargo, que las grandes y primitivas poesías populares sean obra del vulgo, tengan un origen plebeyo; antes suelen ser creaciones de una aristocracia sacerdotal, ó guerrera, ó ambas cosas á la vez, la cual comunica al pueblo algo de su ciencia por medio de símbolos y de figuras. Y tanto es así, que el poeta llega á veces á divulgarla de un modo imprudente, y pone en conocimiento de los profanos, con transparencia sobrada, ora el oculto saber de los bramines, ora los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eléusis, concitando en contra suya la cólera de la divinidad y la venganza de los hombres. De aquí el desastrado fin de Orfeo, la persecucion padecida por algunos profetas de Israel, y hasta, en épocas posteriores, la muerte milagrosa de Esquilo por el águila de Júpiter.

En los pueblos de una civilizacion más autóctona, menos derivada que la nuestra, procedente de otra, sin que entre ambas haya habido tinieblas, sino desmayo y parcial eclipse, apenas si cabe distincion entre la põesía popular y la culta ó erudita; pero en nuestras naciones de la moderna Europa sucede lo contrario. Si bien la poesía erudita, con el recuerdo de la antigua civilizacion, ha empezado por iniciar á los pueblos en la aurora de la nueva, y los ha iniciado á menudo por medio de la lengua que moria y no de la lengua que nacia, los poetas se han dividido despues en las dos diversas clases de eruditos y de populares; pero esto es un mal y no un bien, una pobreza y no una riqueza; esto denota mengua, ó en el pueblo, que ha menester que le digan sólo cosas antiguas, rastreras y en estilo humilde, para que las alcance; ó en el poeta que, para ser popular, tiene que hacerse anacrónico, ó doméstico y bajo, en el pensamiento y en la forma, retrocediendo á las edades bárbaras y

transformando la poesía en una antigualla ó en una mala  
*prosa*

en roman paladino,  
En la fabla que el vulgo le fabla á su vecino.

La poesía no debiera ser más que una, siendo siempre popular la buena, y la mala no popular, ni merecedora del nombre de poesía.

En la moderna Europa los bárbaros hacen que decaiga la civilización latina y el cristianismo echa por tierra las religiones paganas, y los fragmentos derruidos de la civilización antigua y de las antiguas religiones pasan transformados á la poesía popular, que es, por este lado, un recuerdo, mientras que las hazañas, las glorias y las virtudes de la naciente caballería, y el espíritu suave de la religión nueva, pasan también á la poesía popular, que por este otro lado es una esperanza. Y de esta esperanza y de este recuerdo nace lo maravilloso de la edad media; aquella rica y pasmosa mitología, aquellos ensueños, unas veces alegres y hermosos, otras tristes y feos, aquella mezcla singular de lo grotesco y de lo sublime, del ascetismo y del libertinaje, de la corrupción y de la inocencia, de la candidez y del artificio.

En los siglos XI y XII es cuando principalmente se combinan y funden los restos de las antiguas civilizaciones con el embrión de la moderna. Entonces empieza á brotar la luz del caos. Entonces nos da la historia un período, tan fecundo en informes epopeyas, gérmen del saber futuro y de la venidera poesía, como en grandes revoluciones, trastornos sociales, renacimiento y muerte política de nacionalidades y de razas. En aquella edad, las paganas semi-civilizaciones, si se me permite esta expresión, que aún quedaban en Europa, se pierden en la civilización católica, y al desaparecer, nos legan, en memoria de su bárbara grandeza, monumentos, como el *Edda* poético y los *Sagas* escandinavos,

que recopila Soemund Sigfuson en la remota Islandia. Los pueblos, convertidos al cristianismo, transforman en hechiceras á sus sacerdotisas, á sus profetisas en brujas, á sus dioses en diablos, á su Walhalla en infierno. En aquella edad, si bajo el yugo de los normandos se abate la raza anglo-sajona, y pierde su brio la temprana cultura que produjera á un Beda, á un Alcuino y á un Alfredo el grande; la raza celta se diría que renace en cambio á nueva vida, y satisfecha de ver humillados á los anglos, sus vencedores y dominadores, hace revivir á Telesino, á Iseo, á Lanzarote, á Merlin y á Ginebra, evoca de la encantada isla de Avalon á su mesías nacional, el rey Arturo, ilumina y dora con la luz de la religion cristiana á todos estos fantasmas gentílicos, y da nacimiento al ciclo épico de los caballeros de la tabla redonda, y á los amores, aventuras, encantamientos y hazañas de los libros de caballería.

En aquella edad, los piratas noruegos recorren los mares, y llegan hasta la América del Norte; los aventureros de Normandía conquistan la Sicilia, las Calabrias y la Inglaterra; y el gran movimiento de las Cruzadas agita á todos los pueblos de Europa y los pone en íntimo contacto. Aunándolos para la santa empresa, les revela que forman todos ellos una sola república, y, arrojándolos sobre Asia, infunde en su renaciente civilizacion extraños elementos orientales. Las supersticiones, las fábulas, la ciencia, las tradiciones, las ideas, y hasta los ensueños poéticos de tantos pueblos distintos; los silfos y los enanos de la mitología alemana, las hechiceras célticas, los pigmeos y los cíclopes de Homero, los gigantes de Hesiodo, los grifos y los arimaspes de Herodoto y los genios y las hadas de Oriente, se mezclan y se confunden. Virgilio y la *Leyenda áurea* inspiran simultáneamente al pueblo. Las tradiciones clásico-gentílicas aparecen ó se divulgan á par de las vidas de santos, y las historias de la guerra troyana y de las conquistas de Alejandro el Macedon, al mismo tiempo que las de Cárlo

Magno y sus doce Pares. Todo esto pasa de la lengua latina, en que se escribe por los letrados y para los letrados, á poemas eruditos en idioma vulgar, y por último, de estos poemas, á la memoria y á la poesía del vulgo (1).

De cuanto queda dicho se deduce que, no hubo ese despertar misterioso, ese carácter de originalidad nativa y ese no aprendido canto, como el de las aves cuando nace el alba, que algunas personas creen hallar en la edad media. Así como en un metal en fusion es fácil poner liga de otros metales, formando del todo una sustancia, si no homogénea, uniforme, así en la edad media, se formaron las civilizaciones nacientes, por amalgama de mil diversos elementos, y fuéron menos nacionales y propias de lo que pueden ser ahora: porque, si bien es cierto que entonces era menos frecuente que en el día la comunicacion entre los pueblos, tambien lo es que esta comunicacion era más íntima y profunda. El espíritu de las naciones era entonces como blanda cera que cede á la menor presion, recibiendo el sello que se le impone, y hoy es como el acero más duro, que antes se rompe y salta que recibir otra forma de la que tiene.

En balde tratan de disfrazar esta verdad los que, imbuidos en ciertas ideas políticas y filosófico-religiosas, han concurrido á trazar en la imaginacion de las gentes, en odio á la moderna filosofía, á las artes y á la literatura gentílicas del renacimiento y á otras doctrinas más nuevas, un bello ideal político, artístico, poético y literario en la edad media, cuyo primitivo encanto encomian y levantan hasta los cielos. No comprenden los que así discurren que la civilizacion no nació en la edad media: lo que hizo fué di-

(1) En nuestra manera de explicar el origen de la poesía popular de la edad media, creemos que convienen Milá y Fontanals, en su tratado *De la poesía popular* y en su obra más reciente *De los trovadores en España*; Gervinus en su *Geschichte der Deutschen Dichtung*; Ozanan, *Des sources poétiques de la Divine Comédie*, y otros muchos autores.

vulgarse, engertarse en los nuevos idiomas y recordar lo olvidado. El pueblo no se movió á pensar ni á cantar, tanto por un impulso propio é instintivo, cuanto por el recuerdo y la noticia de la ciencia y de la civilizacion pasadas; recuerdo y noticia que fuéron los doctos despertando en él ó transmitiéndole pausadamente. Por esto Roscelin, San Anselmo, San Bernardo, Pedro Abelardo y otros muchos doctores profundos, angélicos, iluminados ó sutiles, conocedores de los Santos Padres y de los poetas y filósofos de la antigüedad clásica, y expresándose en un idioma sábio, se adelantaron, especialmente en las naciones neo-latinas, al siglo xiii y á todo poema escrito, si no por el pueblo, para el pueblo, en lengua vulgar y digno del nombre de poema. La prosa y la poesía cultas, y hasta la poesía por todo extremo artificiosa, se formaron tambien por reflexion y con estudio, antes de que el pueblo desanudara la lengua y rompiese en cantos que no fueran informes y bárbaros del todo. Y lo que en general digo de las naciones de Europa, puede tambien decirse de España. Entre nosotros no hubo poesía popular, digna del nombre de poesía, hasta fines del siglo xv ó principios del xvi; á la poesía popular precedió entre nosotros la erudita, y á la perfeccion de la poesía, considerada en general, la perfeccion de la prosa. *Las Partidas*, *El Conde Lucanor*, *Las Crónicas* y la *Celestina*, valen diez veces más que todos los poemas y canciones anteriores al siglo xvi. Los romances ó no existen ó valen poco, antes de esta época. En buen hora pretendan los señores Wolf, Duran y Pidal, ver en el poema del Cid un centon de romances primitivos; el poema del Cid parecerá siempre á los más de sus lectores un trabajo artificial y erudito, donde se nota el esfuerzo para expresarse en una lengua ruda y apenas formada, y donde se imita la versificacion francesa de las *canciones de gesta*. Quizás la misma descomposicion que hacen aquellos sábios críticos para hallar romances en las séries *monorimas*, la hicieron para escribir romances los que en un principio los

escribieron, ya que no tomasen aquel metro y hasta el artificio del asonante, de los himnos latino-bárbaros, escritos los más en la medida del *Pervigilium Veneris*, de donde tal vez procede nuestro verso octosilabo. Ello es que del origen de los romances se puede afirmar muy poco con certidumbre. Dicen que los había en el *Cancionero* del infante D. Juan Manuel, que se ha perdido, y Gayangos y Vedia citan, en la traducción de Ticknor, el más antiguo que se conoce, pero es culto y no popular, tomado del *Cancionero* de Lope de Stuñiga, obra del siglo xv (1).

Todo esto prueba, á mi ver, que la poesía popular cuando ha tenido en España su verdadera eflorescencia ha sido en los siglos xvi y xvii, y que la revolución literaria de Boscan y Garcilasso y el influjo de la literatura italiana en la española no han ahogado la originalidad de esta. La originalidad vino cuando el pueblo tuvo plena conciencia de sí, y se manifestó en el romancero y en el teatro. Nuestra literatura de la edad media se puede demostrar que es menos original y hasta menos católica que la posterior al renacimiento. Sólo se fundan en sueños vanos los que se lamentan de una fantástica originalidad perdida. Tan artificial fué Castillejo como Boscan, y menos castizos y más imitadores de la poesía extranjera fueron los autores de los *Cancioneros* que Garcilasso, Herrera y Rioja.

Las preocupaciones de historia literaria, que acabo de combatir, tienen grande influencia en el día, señalando una senda errada á la literatura de la edad presente y extraviando asimismo la crítica literaria.

La idea de que la poesía popular es superior á toda poesía y de que á la espontaneidad se lo debe, ha hecho que muchos poetas vean en la erudición y en el estudio los mayores contrarios de la inspiración, y que hasta procuren ser

(1) Véanse las obras citadas de Milá y Fontanals y la de Wolf *Studien zur Geschichte der Spanischen und Portugiesischen National literatur*.

ignorantes y se jacten de serlo, con tal de parecer espontáneos y originales, tomando á veces por inaudito é imaginado por ellos lo que de los libros que no han querido leer, ha pasado á la mente de todos, y de allí, por decirlo así, ha venido como á diluirse en el ambiente que se respira.

Otro de los errores ha sido el negar la importancia de la forma, teniendo por indigno del poeta inspirado este cuidadoso esmero, que tachan de académico y hasta de mecánico; «porque, los que así piensan, como dice Fray Luis de Leon, piensan que hablar en romance es hablar como habla el vulgo, y no conocen, que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio. Y negocio, que de las palabras, que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y áun cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonía y dulzura».

Otro de los errores que se originan de la mala inteligencia de la poesía popular y de la afición desmedida á ella es el de no admitir, y repugnar como pedantescos, muchos vocablos elevados y peregrinos que son propios del dialecto poético; lo cual es absurdo, porque en todos los tiempos y países ha habido un lenguaje para la poesía, diferente del de la prosa. Si así no fuera, no sería ridículo decir en verso *el aceituno de la paz* en vez de *la oliva de la paz*, ó *un señor de muchas campanillas* en vez de *un prócer*. Si así no fuera, no sería ridículo decir en prosa familiar *mi esposa* ó *mi consorte* en lugar de *mi mujer*; *mi consorte* ó *mi esposo* en lugar de *mi marido*: *me voy al lecho* ó *al tálamo* en vez de *me voy á la cama*; *riceme usted la cabellera* en lugar de *riceme usted el pelo* (¹).

Otro error es tambien el de querer ser muy español y muy castizo en el pensamiento. El pensamiento nunca es

(¹) Hay además otra razon en favor del dialecto poético. Cuando un

propio de ninguna casta; el pensamiento pertenece á la humanidad entera. En lo que sí se puede y se debe ser castizo es en cierta manera de sentir y en la forma. Toda civilizacion es el producto de muchas civilizaciones, *informado* de cierta manera. En el acerbo comun de toda civilizacion entran caudales de ideas propias y peregrinas, cuyo origen diverso es á menudo difícil de deslindar para poner en claro lo que es extranjero y lo que es propio y castizo. Acaso el que crea que piensa muy españolamente, esté pensando, sin saberlo, á la francesa, á la inglesa ó á la turca.

Es otro de los errores una timorata y singular ortodoxia que desecha de los poemas la mitología gentílica, como si, porque no tengamos por dioses, á los habitantes del Olimpo, hubieran muerto y se hubieran borrado de la imaginacion humana aquellas divinas creaciones, aquellas figuras bellísimas, aquellas inteligencias secretas que animaban y movian el universo y que derramaban su vida y su encanto en el azul del cielo, en las sombras de la noche, en los mares, en las selvas, en las fuentes y en los rios, mientras que la naturaleza hablaba con los hombres sin levantarse el velo y les inspiraba ensueños celestiales. ¿No hay brujas, silfos, hadas, peris, gnomos, enanos y gigantes, en las modernas leyendas y en los modernos versos? Pues ¿por qué, cuando venga á propósito, no han de intervenir tambien en ellos, Vénus, Apolo y las Musas? ¿Por dicha, son las brujas más verosímiles que Júpiter? ¿Son más ortodoxas ó tienen más analogía con el cristianismo las hadas y las sílfides que las Gracias? Ni se comprende que en ningun adelanto se proceda por exclusion. Una civilizacion nueva no borra, ni destruye, sino absorbe y comprende los

poeta canta los héroes, arrebatado por el entusiasmo, sin estudio ni esfuerzo, emplea naturalmente palabras y frases peregrinas:

. . . *Per audaces nova dithyrambos*

*Verba devoleit :*

como dice Horacio, en alabanza de Pindaro.

elementos y las ideas de las antiguas. Como ideas, y como ideas bellísimas, están, pues, aún los dioses del Olimpo en nuestra civilización, y viven, en nuestro mundo ideal, la vida de los inmortales. Ni Dante, ni Ariosto, ni Camoens, ni Calderon los arrojaron de él, y no me parece que debamos arrojarlos nosotros (!).

Es otro error más trascendental aún, nacido del prurito de ser populares, el de rebajarse á la comprensión del vulgo más vulgo, y hasta muy por bajo; pues suelen los poetas hacer ofensa al vulgo, suponiéndole más ignorante y simple de lo que es, quizás para excusa de serlo ellos. Pero aunque el vulgo lo fuese, no deberían los poetas humillarse para agradarle. Escriban buena poesía, y si no son populares, la culpa no será suya sino del vulgo. Y si la escriben mala, aunque alcancen un favor efímero, no serán poetas populares, sino vulgo y copleros. Los grandes poetas populares que ha habido en el mundo, no se han rebajado hasta el vulgo, sino que han elevado al pueblo hasta sí.

También proviene del modo vulgar de entender la poesía y del empeño de merecer una grande popularidad, la teórica y la práctica de hacer útil la poesía, de ponerla al servicio de algo, de no comprender que como cosa perfecta tiene ella en sí misma su fin, y de transformarla de noble en plebeya, de señora en criada. Vamos, dicen algunos poetas, á ser útiles; vamos á enseñar moral, religion, política, filosofía y hasta economía á nuestros conciudadanos; pero, como un

(!) Hablando de los poetas de la antigüedad, dice Leopardi,

*à cui natura*

*Parlò senza svelarsi, onde i riposi*

*Magnanimi allegrar de Atene e Roma.*

Este poeta, en su composición *Alla primavera ó delle favole antiche*, y Schiller, en su bellísima oda *Die Götter Griechenlands*, han defendido aún el paganismo clásico en poesía, á pesar del abate Gaume y de los románticos todos: pero quien ha hecho de él más brillante y sublime defensa ha sido Monti en su discurso poético *Sulla mitologia*.

hombre puede ser razonable poeta sin saber nada de esto ó sin saber más que lo que sabe el vulgo á quien se propone adoctrinar, acontece á menudo que personas con bellísimas disposiciones para la poesía, lastimosamente se pierden, viniendo á ser perversos autores de triviales y desmayadas homilías ó á caer en un gongorismo vulgar y de todo punto insufrible. Mientras que si buscasen la hermosura, que es el fin del arte, la hallarian tal vez, y al llegar á realizarla, se encontrarían con la bondad y con la verdad, que en ella hay, y se acercarian al punto en que la ciencia y la virtud coinciden con la poesía y son con ella una misma cosa. Por manera que, en cierto sentido, serian, á par que poetas, virtuosos sin saberlo, y sin quererlo sábios.

El último error de que voy á hablar, por ser el que los corona todos, y en el que todos se cifran, es el que me parece justo llamar error de anacronismo, el de aquellos que pretenden que nuestro siglo es prosáico, y buscan la poesía en los mal entendidos sentimientos de otras edades; el de aquellos que creen que cierta clase de la sociedad tiene el pensamiento de ahora, pero que el vulgo piensa aún como en el siglo XII ó como en el siglo XVI, y para entenderse con él, tratan de sentir y de pensar segun imaginan que entonces se sentia y se pensaba. Nada más falso que este género, nada más lleno de artificio, de afectacion y de mentira; y sin embargo, es el que declaran algunos popular, castizo y espontáneo.

Es falso que nuestro siglo sea un siglo de prosa; más allá de todo lo descubierto y averiguado por la ciencia, halla la imaginacion una inmensidad desconocida por donde expliarse y volar; y sobre los intereses mundanos están siempre las pasiones nobles, las aspiraciones sublimes, y como digno objeto y término de ellas, una idea de lo infinito, un conocimiento de Dios, más altos y más acabados que nunca. Así, pues, ni por los pensamientos, ni por los sentimientos, hay razon para suponer que terminó la época de la

poesía, que la poesía es propia de los siglos bárbaros, y que en las edades científicas y cultas prevalece la prosa. La poesía tiene y tendrá siempre un altar en el corazón de los hombres, y los adelantos de la civilización y su marcha, cualquiera que sea el camino que tome, no llegarán á destruirle.

Si por desgracia, predominase el excepticismo entre los hombres, si acabase toda fe, y si por medio de la ciencia llegasen á ser clasificadas prosáicamente las cosas todas y á perder en apariencia su misterioso encanto, siempre quedaria dentro de esas mismas cosas una sustancia ignorada, llena de oscuridad y de milagros, de la que sólo percibiriamos algunos accidentes por medio de los sentidos, y de cuyo sér sabriamos sólo lo que de aquellas percepciones pudiera deducir é idear el entendimiento, con arreglo á sus leyes : siempre quedaria, detrás de esas cosas, cuyo modo y cuya forma comprenderiamos, una esencia oculta, que habria de ser como el encubierto significado de un incomunicable hieroglífico; y siempre quedaria alrededor y en el fondo de esas mismas cosas, que serian limitadas y finitas por mucho que se sumasen ó se multiplicasen, un infinito inexplorado y desconocido que habria de compenetrarlas y de circunscribirlas, y por el cual la imaginación tenderia su vuelo, poblándole de hermosos fantasmas. En cuanto á los sentimientos, áun despues de muertos todos los dioses, guardaria el alma humana dos que no pueden perecer en ella, *el de la libertad y el del amor* (!). Por fortuna, no sólo pensando católicamente y confiando en las promesas del mismo Dios, sino tambien pensando como filósofos, debemos tener por imposible que llegue esa edad descreida ; porque la religion

(!) Este pensamiento es de Lamartine, que, suponiendo que los dioses pasaron ya, añade,

. . . . *cherchez les dans la cendre de Rome!...*  
*Mais il reste à jamais au fond du coeur de l'homme*  
*Deux sentimens divins, plus forts que le trépas :*  
*L'Amour, la Liberté, dieux qui ne mourront pas!*

es esencial á la naturaleza humana y no se puede borrar de ella. Por este lado, pues, no perecerá la poesía. Por el lado contrario, esto es, por un extremo de ciencia y de virtud que nos acercase inmediatamente á la belleza increada, sin necesidad de imágenes y de figuras, ojalá que la poesía llegase á su fin. ¿A qué manos podría morir mejor que á las del legítimo misticismo, que traería á la tierra cierto perfume y sabor de la bienaventuranza celeste, y haría de cada sér humano un verdadero *gnóstico*, segun los Padres griegos le han concebido? Pero mientras no llegue esa edad dichosa, y acaso no llegue nunca hasta la consumacion de los tiempos, la poesía será un medio de acercarse á lo eterno y á lo absoluto, por una de sus manifestaciones y por uno de sus resplandores, la hermosura: y el pueblo amará siempre la poesía, y la poesía será siempre popular, sin necesidad de rebajarse ni de retroceder á los tiempos pasados, antes elevándose y encaminándose á lo por venir, con fatídica inspiracion y no desmentido vaticinio.

Y resumiendo ahora, diré que el poeta, y en general todo escritor, ha de ser castizo en la forma y ha de tener en sus sentimientos y en el modo de expresarlos cierto sello nacional y hasta individual que le distinga, pero ha de elevarse cuanto pueda, sin temor de dejar de ser popular por no ser comprendido, y no ha de aislarse por ser sólo de su nacion y de su raza y por representar sólo su espíritu, sino que ha de comunicar con el espíritu de la humanidad toda, y no ha de quedarse atrás, embelesado y enamorado de las cosas que fuéron, sino que ha de seguir, con raptó impetuoso, al espíritu, en busca de un futuro ignorado, no echando de menos lo que ya pasó, ni creyéndolo superior á lo presente; porque el sol nos alumbra hoy con luz tan brillante, y porque *todas las obras incomprensibles y sublimes del Hacedor Supremo, están hoy tan perfectas y tan hermosas, como en el primer día* (\*).

(\*) Ya se entiende que al decir estas palabras, que no son sino las

Así pues, conviene, como he dicho al empezar este discurso, contra los importadores de nuevas filosofías, guardar el carácter, el sentimiento y el lenguaje de la nación; pero el espíritu no debe aislarse, sino entrar en comunión con los demás espíritus y ser uno solo con ellos. «Porque, como dice el ya citado Fray Luis de Leon, se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento, consiste en que cada una de ellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas, cuanto le fuere posible. Porque en esto se avvicina á Dios que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco á donde envian sus deseos todas las criaturas. Consiste pues la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y para que extendiéndose, y desplegándose delante los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.»

He combatido en este discurso los dos errores más contra-

que dicen en coro los tres arcángeles, delante del trono del Señor, en el *Prólogo en el cielo*, del *Fausto*,

*Die unbegreiflich hohen Werke  
Sind herrlich wie am ersten Tag,*

no nos hacemos cargo de la perturbación que hubo en el universo con motivo de la primera culpa del hombre. Haciéndonos cargo de ella, podemos decir que el mundo ha ganado desde entonces, y que el hombre, condenado al trabajo, mejora y hermosea el mundo, como si aún durase el séptimo día de la creación.

rios al deseo del profundo y elocuente escritor y del divino poeta, cuyas bellisimas palabras acabo de citar ahora: errores que se oponen ambos á que haya unidad y variedad á la vez: porque la variedad está en la forma ó en el lenguaje, cuya limpieza y hermosura debe preservar de toda mancha esta Real Academia, y no las preservaria si modificásemos el lenguaje, segun pretenden algunos; y porque la unidad está en el pensamiento, y desapareceria tambien, si nos aislásemos y apartásemos del trato intelectual con las otras naciones. La lengua, cuya custodia os está confiada, es como una copa esplendente y rica, donde caben, sin agrandarla ni modificarla, todos los raudales del saber y de la fantasía, por briosos y crecidos que vengan, y donde toman, al entrar, su forma y sus colores: pero esta copa no debe separarse tampoco, por miedo de que se rompa ó quebrante, de esos vivos, inexhaustos, benéficos y salubres raudales, que brotan con abundancia perenne del espíritu del mundo. El licor contenido en ella, no seria entonces como el vino generoso, que es tanto mejor cuanto más rancio, sino como las aguas estancadas, que se alteran y al fin se vician.

He dicho, señores, lo que pienso y siento sobre uno de los asuntos de mayor importancia para esta Real Academia, y os doy las gracias por la atencion indulgente con que me habeis oido. Sin lisonjearme de haber dicho nada nuevo, me lisonjeo de estar de acuerdo con vosotros en lo esencial de cuanto he dicho; por donde presumo que aprobaréis mi sentir, aunque echeis de menos la claridad, el órden y la elegancia que al expresarle me han faltado.

## CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO.



suma de valor intrínseco, semejante al de las materias de poco bulto y corto incienso, cuyo subido precio sólo llega á saberse después de haberlas ensayado y pesado. Por esto, ha dicho poco de él su sucesor, y, cierto, no merece la casez en la noticia ó el elogio ser tachada ni aún ligeramente, cuando es notoria la causa de que proceda; pero toca sufrir la falta á aquel á quien cabe en suerte en este momento llevar la voz de la Academia; cargo que desempeña en estas frases con plena confianza, porque ni duda tiene de que ni dar tan justa alabanza es interés fiel y cabal de los pensamientos y afectos de todos aquellos de sus compañeros que lo han sido del laborioso, modesto y dignísimo difunto.

Bien es cierto que en este instante el placer que causa lo que es, y lo que con razón se espera, viene á compensar la pena hija de pensar en lo que hemos perdido. Cuáles son los títulos de nuestro nuevo compañero á serlo, está pa-

Al abrirse hoy estas puertas para dar entrada y asiento á un nuevo Académico, imposible es que se desprenda el ánimo de un pensamiento de dolor, mezclado con uno de satisfacción, porque la agregación de un miembro nuevo á este antiguo é ilustre Cuerpo, tiene efecto para sustituirle á otro perdido, y de todos lamentado; idea que ahora con más fuerza ocurre á la mente, porque la muerte ha venido últimamente á visitar este recinto con frecuencia superior á lo ordinario, y porque el compañero, cuya silla viene á ocupar el hoy recibido, tenía títulos no comunes á la estimación y cariño de todos cuantos tuvieron el gusto de tratarle, y, lo que de ello era consecuencia, la fortuna de conocerle. En verdad sólo tratado era bien conocido el señor D. Gerónimo del Campo, figura de aquellas cuyo brillo dista mucho de la manifestación de su mérito real y verdadero, con poco propio para llamar á ella la atención, viéndola de lejos, y con mucho que apreciar en alto grado en quienes por largos años le tuvieron cerca; objeto, en

suma, de valor intrínseco, semejante al de las materias de poco bulto y corto lucimiento, cuyo subido precio sólo llega á saberse despues de haberlas ensayado y pesado. Por esto, ha dicho poco de él su sucesor, y, cierto, no merece la escasez en la noticia ó el elogio ser tachada ni aún ligeramente, cuando es notoria la causa de que procede; pero toca suplir la falta á aquel á quien cabe en suerte en este momento llevar la voz de la Academia; cargo que desempeña en estas pocas frases con plena confianza, porque ni duda tiene de que al dar tan justa alabanza es intérprete fiel y cabal de los pensamientos y afectos de todos aquellos de sus compañeros que lo han sido del laborioso, modesto y dignísimo difunto.

Bien es cierto que en este instante el placer que causa lo que es, y lo que con razon se espera, viene á compensar la pena hija de pensar en lo que hemos perdido. Cuáles son los títulos de nuestro nuevo compañero á serlo, está patente en el discurso que acabais de oír, el cual cumplidamente justifica la eleccion de él hecha en consideracion á trabajos anteriores, ligeros todos ellos, aunque muchos y variados, por ser mala ventura de nuestra España y de la generacion presente que sea aquí ahora casi imposible hacer obras de alguna consideracion y de grandes dimensiones, donde saquen el autor y los lectores provecho de tesoros de ciencia é ingenio comunmente allegados en balde, porque quienes con afanosa industria los juntaron suelen llegar al fin de su vida sin haberles hallado empleo. Razones poderosas conocidas de gran parte de mis oyentes son obstáculo á que me explaye más en esta alabanza, aunque sea merecida, estando, como estoy, temeroso de que se achaque á afectos de parentesco, ó á cariño engendrado por el trato íntimo y frecuente, un juicio formado, si no me ciega la pasion, con imparcialidad, y fundado en datos cuyo valor y verdad muchos conocen. Una cosa meramente añadiré, y es que la culpa, venial quizá, pero culpa al cabo

del hoy recibido, la culpa de morosidad en venir á disfrutar del favor que por la eleccion de él hecha alcanza (favor ciertamente, no obstante haber sido dispensado con justicia) ha tenido felicísimas consecuencias, pues ha llevado al Sr. de Valera á darnos una prueba notable de su ingenio y cortesía al hacer confesion, y dar disculpa de su pecado.

Pero no son estas muestras de ingenio, ni las galas del decir las principales dotes del discurso cuyos agradables efectos está sintiendo el presente auditorio, que si así fuese, me contentaria con pronunciar, en respuesta, algunas frases laudatorias, trabajo fácil, por cierto, siempre de corto valor, y hoy y entre nosotros de poquísimo, por lo mucho que está en uso la ponderacion en el elogio. Contiene el discurso de nuestro nuevo colega gran copia de erudicion selecta, usada con habilidad al traerla á ser apoyo de las doctrinas que promulga y defiende, y principios de crítica sacados de la vasta lectura del autor, y de lo que de ella deduce su buen entendimiento, principios ciertos y sanos, en sentir de aquel á quien toca responderle; pero no sin que este último encuentre en algunos de ellos, ó, cuando menos, en su explanacion y aplicaciones, tal cual parte controvertible. Por aquí viene á ser harto dificultosa la empresa que me ha tocado en suerte, y tanto, que me deja sin esperanza de poder sustentar bien una lucha desigual, apremiando el tiempo, debilitadas mis fuerzas siempre pocas, y teniendo que oponer á prolijos estudios los frutos de la lectura vaga de un mero aficionado, por lo cual habré de contentarme con apuntar lo que desearia explanar y apoyar con fuertes argumentos y respetables autoridades, y quedaré con el dolor y temor de que pierda por la debilidad de su campeón lo que en mi pobre concepto es en alto grado una buena causa.

El que hoy entra á ser nuestro compañero pasa, segun parece, á alistarse en la ahora poco numerosa hueste, cuya bandera lleva por lema que está dedicada á la tarea de conservar, en cuanto es posible, en su pureza nuestro idioma

castellano. Estaria de más en la persona á quien estais de nuevo oyendo, y cuya voz suele cansaros, decir mucho de un asunto del cual ha hablado ya en otras y no muy distantes ocasiones, bastante y aún con exceso, y seria además enfadosa tarea la de repetir sus propios conceptos y frases, cuando acaban de sonar en esta sala los mismos pensamientos mucho mejor expresados. Y, sin embargo, viene bien decir una y cien veces lo que, si cansa, puede aprovechar; no siendo trabajo inútil ó supérfluo el que reproduce buenos argumentos, cuando hechos antes no han sido refutados, ó el que vuelve á afirmar cuando no ha habido quien le niegue la afirmacion primera, porque sabido es que el aserto reiterado suele persuadir tanto cuanto las razones más concluyentes. Hay tambien ahora un motivo poderoso para que insistamos en nuestro tema quienes pretendemos que es posible y bueno tratar cualquiera linaje de materias en nuestra lengua propia, en vez de hacerlo en un dialecto mestizo.

Desde los principios del siglo xviii comenzaron los galicistas á adular nuestro idioma, que, si bien habia recibido aumentos del italiano en el siglo xvi, habia admitido voces y aún frases de lengua que tiene con la nuestra harto más semejanza que la que entre esta y la francesa existe, y se habia así enriquecido cuando se estaba formando todavía, sin haber llegado á su estado de perfeccion ó madurez, pasado el cual, lo añadido desfigura, y no hermosea; pero los galicismos pasaban por imperfecciones hijas ó del descuido, ó de corta lectura, ó de escasa habilidad, pareciéndose los pecadores en punto á lenguaje á los que lo son en más grave materia, los cuales siguen firmes en la fe aún cuando sean corrompidísimos en sus costumbres, y cometen sus culpas no por creerlas actos inocentes, sino por mero efecto de la flaqueza humana. Otra cosa ha sucedido últimamente, y es levantar la frente la que bien puede ser llamada heregía literaria que justifica las acciones, negando el dogma antes creído, venerado y seguido, de suerte que ya entre muchos

pasa por impertinente y pueril el empeño de escribir en castellano puro y castizo. Por esto mismo se hace necesario proclamar repetidas veces la doctrina contraria en quienes la creemos y seguimos. Pero pasando á buscar el mejor modo de sustentar nuestra causa, verémos que es inútil oponer por argumento á quienes niegan la necesidad y hasta la conveniencia de escribir en la propia lengua con diction pura, que es posible en cierto grado expresar ideas nuevas sin valerse de palabras y frases francesas en vez de españolas, pues responderán que nada importa usar de lo ageno aún cuando para ello haya de descartarse lo propio, siendo lo importante en un escritor darse á entender segun la costumbre y elegancia de su tiempo, ó digamos al uso corriente, pues las lenguas se truecan y los primores de estilo y diction deben ser ahora diversos de lo que eran antes, porque las galas del dia presente no son las de nuestros abuelos, y no pareciéndose las del vestido, natural es que haya la misma semejanza en las del lenguaje. A lo cual dan la mejor réplica las consideraciones elevadas que habeis oido al nuevo Académico, y que seria ocioso y ridículo repetir, mayormente habiendo de hacerlo con inferiores fuerzas. Y como está visto que á oídos cerrados ó á gente distraida ó pertinaz en la incredulidad, los sermones sólo sirven de causar fastidio ó enojo, lo mejor es que quien quiera y pueda sustituya á la predicacion el ejemplo, y escribiendo bien y puramente y para ello consultando á los pocos escritores castizos de los dias de Carlos III, á la par con los de la época mejor del habla patria, logrará libertarse, así como del galicismo, del arcaismo llevado á términos de afectacion insufrible, ó, cuando no tanto, poco agradable. Por medio tal, aún el uso que de suyo es tan variable y dado á mezclar con buenas razones el capricho, tal vez llegará á dar valimiento á lo que de él carece en la hora presente; de forma que segun la citadísima expresion de Horacio, revivan muchos vocablos hoy amortecidos ó desechados, y caigan y queden

desterrados otros que actualmente están en el goce de funesta privanza. Así podrán remediarse males, de suma gravedad para quienes males los juzgan, y los que se van con la corriente, tomando ésta diferente curso, escribirán en lengua pura, por la razón misma porque hoy escriben en una muy distante de serlo. Y aún de creer es que en el vulgo hasta cierto punto penetre lo que á él puede llegar del idioma culto, siendo cosa segura que á una parte crecida del mismo vulgo, á la parte no del todo indocta, hoy muy numerosa en el campo de la literatura, ó en sus aledaños ó confines, alcancen los buenos efectos de una mudanza como la que ahora aquí se propone, no sin esperanza de ver satisfecho el deseo de que tenga efecto en mayor ó menor grado.

A la otra é inferior parte del vulgo no llegará el remedio, porque del mal no está inficionada todavía. Pero no porque él conserve mucho de lo antiguo, viciado como está y es fuerza lo esté en gente que vive en tinieblas, por no haber alcanzado á alumbrarla la luz de la ciencia, ha de apelarse á él para que sirva su lenguaje de modelo á quienes deseen hablar ó escribir de otro modo que á la extranjera. Verdad es que de la plebe pueden y deben sacarse modismos nunca por ella desterrados de la conversacion, pero conviene proceder en esto con cautela y tino para no fracasar en un escollo cuando se va huyendo de otro situado en el lado opuesto de la canal donde está el rumbo que lleva con más seguridad y por mejores modos al fin del viaje. Y aquí viene bien la distincion que hace el Sr. de Valera entre lo popular y lo vulgar; distincion que no sólo en la poesía existe sino que abarca y comprende las cosas todas pertenecientes á la vida y salud del entendimiento. A veces lo popular léjos de ser lo vulgar es de ello en grado sumo diferente; y hay tambien, por otro lado, ocasiones en que ambos coinciden, gozando del favor del pueblo y aún del ínfimo vulgo obras de mérito sobresaliente, y que están en el merecido altísimo concepto entre las diversas clases cuyo conjunto

es un pueblo todo. Así cantaban, aunque desfigurándolas al trasladarlas á su dialecto, los gondoleros venecianos las admirables estanzas de la Jerusalem del Tasso.

No todo lo vulgar es digno de desprecio, pero lo que en ello debe apreciarse es la materia, que, bien escogida, aprovechada, depurada y pulimentada, sirve para obras de perfeccion suma cuando es un diestro artífice quien las emprende y remata. En lo verdaderamente vulgar no existe verdadera poesía, pero, sí, puede existir y se descubre, á menudo, el espíritu ó el elemento poético, así como, al revés, en ciertas composiciones elegantes y correctas á punto de ser bellas, muy alabadas, y dignas de serlo con alguna razon, la ciencia y habilidad del autor es lo que resplandece, y la calidad poética interna es lo que falta ó está escaso. Ciertamente en los romances de Francisco Estéban, de doña Josefa Ramirez, y otros de igual clase, no sólo predomina sino que es lo único lo vulgar, y lo mismo sucede en las *Complaintes (Querellas ó Lamentaciones)* que corren entre la plebe francesa, y en lo que llaman *Doggrell* los ingleses, y de todo ello nada hay que tomar, porque nada merece estimacion ni siquiera corta, ni hay allí cosa alguna de que sacar ni aún mediano provecho. Pero en varios, si bien no muchos, romances vulgares, y en bastantes seguidillas <sup>(1)</sup> y en otras co-

(1) Entre otras ocurre ahora á la memoria una seguidilla de un pensamiento tan delicado, que con razon la admiraba mucho un francés muy entendido, el cual se tomó el trabajo de traducirla. Presupone la coplilla de que se hace aqui recuerdo, que un amante ha hecho un cargo grave á su querida, y que ella ha tratado de disculparse, y, como si continuase entre ambos enamorados la reyerta, dice el galan:

Calla, no te disculpes,

Que el cargo es justo:

Sufre que te convenza

De que te sufro.

No satisfaces,

Y me quitas el gusto

De perdonarte.

plas hay algo á modo de piedras preciosas en bruto ó poco menos, algunas de las cuales, si se les da el necesario pulimento, vendrán á ser ricas joyas, habiendo asimismo una ú otra cuyo precio es considerable, aún conservándolas en su elegante pero no del todo tosca sencillez. No obstante, innegable es que la bella forma es indispensable para que tenga su cabal valor un pensamiento bello, y que el despreciar la primera es un error grosero, aunque acreditado en nuestros dias por varias razones: por recuerdos de la antigua viciosa práctica y errónea teórica de considerar la forma en sí como de subidísimo precio, aún cuando sólo fuese manifestacion de un pensamiento comun ó trivial antes de mil maneras expresado; por la falta de saber que impide conocer las fuentes y calidades de la belleza verdadera, y enterarse de su valor; por la priesa en trabajar, motivo poderoso para no detenerse á escoger aún lo bueno cuyo mérito se conoce; y últimamente por el orgullo, pésimo consejero, cuya voz dicta encubrir la ignorancia en vez de apelar al estudio, ó no confesar la falta cometida, y hacer gala y máxima doctrinal de lo que ha sido yerro.

Siguiendo órden inverso del que inmediatamente antecede, al intentar destruir ó mitigar el mal efecto de estas causas, conviene decir que, de ellas la procedente del orgullo, que primero fué vanidad, apenas tiene otro correctivo que el de poner patente la flaqueza de quien cede á tan feos motivos; que la priesa en el trabajar, consecuencia á veces precisa de la actividad febril que está abrasando y consumiendo á la generacion presente, apenas admite remedio, mientras no varien el estado y condiciones de la sociedad actual; que la falta de saber sólo puede corregirse estudiando y aprendiendo, para lo cual es necesario que caigan en el merecido desprecio la erudicion superficial y vaga y el arrojio de los indoctos que tanto abundan y tanto lugar ocupan en la hoy desordenada y confusa república de las letras. Pero en lo tocante al precio excesivo que solia darse á lo

reputado belleza de la forma, con preferencia á la de la idea en ella encarnada, preciso es ante todo averiguar si lo supuesto belleza lo era real y verdaderamente, ó si por ella se tomaba una regularidad fria, copia de copias de hermosos modelos, cuyo mérito iba decreciendo á cada nuevo traslado, olvidándose los copiantes de consultar, juntamente con las obras del arte antiguo, las de la siempre fecunda naturaleza; manantial de aguas puras y saludables, donde bebieron los ingenios primitivos, sacando de ello vigor y todo linaje de bienes, y dándolos asimismo al mundo entero, y manantial á que no deben dejar de acudir ni la presente ni las futuras generaciones. Aunque sea forzoso recurrir al manoseado y ya enfadoso cotejo de la poesía con la pintura, no estará mal recordar que pocos, si hay acaso algunos, y estos pocos gente de corto valer y no mayor crédito, estiman el amaneramiento académico á la par con el idealismo de un Leonardo ó un Rafael, y dejan de preferir á las bellas estatuas pintadas por el francés David, ó á la helada correccion del apellidado pintor filósofo Mengs los cuadros de un Velazquez, de un Zurbarán, de un Murillo y de otros eminentes naturalistas.

La belleza de la forma, segun era comun pensar á principios del presente siglo, distaba no poco de ser la belleza clásica griega, ó aún la romana, ó aún la de Italia á fines del siglo xv y principios del xvi, ó aún la de nuestra España al terminarse el siglo xvi y comenzar el siguiente, ó aún la de Francia en los dias de su Luis XIV el Grande, cuando florecian un Pascal y un Bossuet á la par con un Molière, y cuando Fenelon harto menos vigoroso, todavía daba muestras de conocer cual otro ninguno el estilo y arte de la Grecia antigua. Bellísimas son las formas en la poesía de Virgilio, pero en las Geórgicas, donde su inspiracion es espontánea y genuina, en algunas de sus églogas donde no imita ó traduce á Teócrito, y siempre que en sus poemas, tratando de la grandeza romana, son sus pensamientos le-

vantados, como lo habian sido los del pueblo-rey de que era parte el poeta, relucen más sus perfecciones que en las, aunque magistrales, un tanto artificiosas imitaciones de Homero. Elegantisimo es Racine, fiel y tierno pintor de los afectos humanos, escritor en cuya correccion nada falta y nada sobra, modelo, en suma, de estilo, pero que, si sabia hablar como hablan las pasiones, no acertaba á crear individuos de los que llegan á tener realidad á fuerza de estar bien ideados. ¡Cuan diferentes son el á veces áspero Dante y el á menudo inculto Shakspeare! Y en estos mismos ¡cómo solemos encontrar pasajes en que la expresion misma recibe exquisita belleza de la del concepto de que nace! Cuán bella es *La noche serena* de nuestro Fray Luis de Leon, tan admirada en Alemania é Inglaterra, aunque no tenga en sus formas el adorno que muchos juzgan indispensable en la buena poesía!

Porque, fuerza es repetirlo, si el lenguaje poético en algo, y aún en mucho, debe á veces diferenciarse del de la prosa, no ha de ser tal y tanta la diferencia que excluya, como hacian los buscadores de la belleza hace pocos años, las palabras propias para nombrar los objetos, sustituyéndoles siempre perífrasis ó metáforas. Esto aconsejaba Buffon, elocuentísimo escritor y poeta en prosa, pero al cual descarriaban las preocupaciones de su siglo. Esto hacia Delille, príncipe de los poetas franceses á fines del siglo último, pero despues no sólo destronado, sino que hoy está desterrado de la lista de los ingenios de primera marca, como lo están de las de los reyes legítimos, los personajes que reinaron siendo usurpadores. Lo mismo hacia el eruditísimo Barthelemy cuando en su *Viaje de Anacársis* daba muestras de conocer tan cabalmente la literatura griega, y de comprender tan mal el espíritu que la animaba, que juzgaba y trataba á la Grecia segun las reglas y en el estilo de la Francia del siglo xviii, tanto que al traducir un trozo de la *Ciropedia* de Jenofonte, vistió el original con el ropaje de la época en

que el traductor vivía y escribía, y, como nota muy bien el gran crítico Villemain, al encontrarse con la palabra *nodriza* juzgando la voz poco noble, hubo de sustituir *una mujer que la habia criado* (á Pantea) *en su infancia*. Y de esto habia mucho en nuestro estilo y dición, así como entre nuestros vecinos, y en Italia en época no muy distante de la actual, y de esto huyen hoy los buenos escritores en prosa y verso, y esto condenan ya los buenos críticos, y de ello ha huido como quien más el Sr. de Valera, en cuyas poesías suele con frecuencia verse lo contrario. Pero esto mismo hay quien hoy lo celebre y recomiende, y trate de restablecerlo, aunque mal podrá llevar al término de él apetecido, empresa tan dificultosa. Con lo llamado lenguaje poético era fácil y estaba en uso cubrir por encima lo vacío, hasta hacer que lo hueco pareciese sólido, ó bañar con materia reluciente pero no preciosa otra de corto valor, y venderla por prenda rica, no sin dejar satisfechos á los compradores. Ahora, pues, en casos semejantes no es verdadera belleza de forma la que por tal se da y admite, y aún siéndolo estará mal empleado el rico y bello adorno sin que por ello pueda ser tasado en alto precio el objeto tan primorosamente revestido, y en cierta manera disimulado, pues que no aparece en su natural pobreza. Bueno es que ambos méritos, el de la forma y fondo estén juntos; bueno es y aún indispensable para la verdadera perfeccion de una obra, y tuvo razon Horacio cuando dijo:

*Nec studium sine divite vena*  
*Nec rude quid prosit video ingenium.*

Pero como es muy posible verse en el aprieto de haber de escoger entre lo uno ó lo otro, cuando no los hallamos juntos, ó los encontramos unidos pero en cantidades harto desiguales, no dudaria en caso tal el pobre juicio de la persona á quien con indulgencia estais oyendo, y escogeria,

aunque haciendo un sacrificio doloroso, lo á modo de diamante casi en bruto, desechando lo parecido á un pedazo de vidrio, sutil y habilísimamente trabajado. No dejan de concurrir en esta opinion casi todos los buenos críticos contemporáneos, y no sólo los aprobadores del desaliño é incorreccion que ahora están en uso comun, hasta ser juzgados y declarados pecados veniales actos, si ya no recomendables, inocentes. Aún más de un siglo há en Inglaterra el aliñadísimo Adisson en su *Espectador* hizo altos elogios de una balada (á modo de nuestros romances) relativa á una refriega entre ingleses y escoceses rayanos en el sitio llamado Chevy Chace, composicion en rudo estilo y diccion inelegante, pero muy bella en su tosca sencillez, y en la cual abundan las dotes de la buena poesia. Molière por boca de su *Misántropo* declara preferible una cancioncilla antigua en lenguaje comun, y mal rimada, á un soneto que supone escrito no con falta, sino con sobra de aliño, y cuyo pecado es ser conceptuoso. No hay italiano que no ponga hoy á Dante sobre todos los demás poetas de su patria, y que no le prefiera al elegante Petrarca, y compararle con Metastasio, escritor, por cierto, de muy bellas formas, pareceria nada menos que locura. En el dia presente todos cuantos no son franceses, y no pocos franceses ponen á Shakspeare muy por encima de Racine, aún siendo no de los detractores injustos y necios de este último, sino de los que admiran las altas prendas de tan elegante, tierno, y por demás correcto escritor, y fiel y sentido intérprete de las pasiones. Y aún si en el aquí recién hecho cotejo hubiese quien prefiriese el culto é instruido poeta clásico de la córte de Luis XIV al bardo de Abon, pobre comediante de no muchas letras, todavia no parece posible que haya quien estime superiores al *Hamlet*, al *Macbeth*, al *Otelo*, al *Romeo*, ó al *Ricardo III*, la tragedia de *Warwick* ó el drama de *Melania* del atildado poeta y crítico francés Laharpe, aunque de la pieza aquí en último lugar citada dijo Voltaire que no conocia composicion

dramática mejor escrita. Ciertamente es, como dice el Sr. de Valera que en nuestros romances (no tan antiguos como algunos suponen), los compuestos á fines del siglo xvi y principios del siguiente son los mejores, y que es manía lo que mueve á declarar varios de los más rudos, y de época algo anterior, obras de alto mérito; pero no es menos verdad que en unos pocos de estos últimos, como en el del conde Dirlos y en el del conde Claros, hay mucho que admirar á pesar de la rudeza de su estilo y de su dición incorrecta; faltas con las cuales quedan, sin embargo, superiores á muchas composiciones más modernas, donde hay lo comunmente creído y llamado belleza de forma. Y como á esto puede responderse que la belleza verdadera no es la comunmente juzgada y declarada tal, por jueces ó poco entendidos, ó muy preocupados, vendrémos á parar en que la forma verdaderamente bella, la natural y sencilla, cuya elegancia dista infinito del amaneramiento, sólo puede encontrarse pura y legítima allí donde tiene encarnada una idea igualmente digna de admiración y aplauso como producto natural de un ingenio vivo y agudo, de una sensibilidad fuerte é intensa, ó de una imaginación valiente y fecunda. Guardémonos, pues, de ceder demasiado al temor, aunque en parte fundadísimo, de que el sople devastador de la barbarie, entrando en el campo de la literatura todo lo seque y aniquile, y no cedamos á él á punto de criar y conservar una vegetación pobre y enteca, sin aroma en sus flores, y sin sustancia en sus frutos.

Sin duda no pretende esto último el digno escritor y crítico á quien hoy recibimos por compañero; y de que otro es su intento y otra su doctrina dan testimonio sus obras, y aún podría colegirse, á falta de testimonio, de su saber, el cual abarca mucho, y también ahonda, y desmenuza, y examina; por donde es imposible que equivoque la belleza falsa con la verdadera. Así, por ejemplo, cuando movido por justo entusiasmo en favor de obras clásicas genuinas, y del gusto que las concibió y llevó á término, y del que

muestran quienes entendiéndolas bien las admiran, vuelve por la causa de la mitología griega y romana, debe ciertamente entenderse que vitupera el necio desden con que afectan mirarla y desecharla los ignorantes y los fátuos, sin recomendar, por esto, el uso impertinente ó excesivo que por largos años se ha estado haciendo de ella, considerándola parte necesaria de la poesía. En efecto, desde que Boileau en bellos versos escribió sus alabanzas, y mostrando cómo daba figura y vida á la naturaleza entera, de suerte que hasta el *eco* pasaba de la clase de un sonido en el aire á ser una ninfa llorosa querellándose de verse despreciada por el hermoso jóven á quien habia cobrado un amor violento, y aún mucho antes que el dogmatizador diese con su voto, por largos años de casi suprema autoridad, aumentos de valor á la práctica antigua, las deidades de Grecia y Roma nunca estaban ausentes de pieza alguna de verso medianamente larga. Una coleccion de poesías, ó el conjunto de los poetas de una nacion tenian por nombre el de *Parnaso*; toda inspiracion provenia de las musas ó de *la musa*, y no habia batalla sin que en ella sonase la trompa de Marte, ni borrasca sin que Eolo soltase los vientos y Neptuno entumeciese las ondas, ni pasion amorosa sin que el ceguezuelo Cupido hubiese disparado sus flechas y herido con ellas á los enamorados, ni matrimonio sin que encendiese su antorcha Himeneo, ni muerte sin que interviniesen en ella las Parcas, ó diciéndolo con más elegante y rodeada expresion, al uso de aquella escuela, sin que

cortase Atropos el vital estambre.

Por aquí vino á hacerse la composicion poética un trabajo á modo de obra mecánica donde se manifestaban la habilidad y buen gusto del artífice en su acierto al escoger, ordenar y colocar bien los materiales trabajados de antemano, y preparados para el uso de quienes se dedicaban al oficio de poetas: vino á ser la mitología una como *Farmacopea*

donde estaban apuntados los ingredientes para hacer las recetas, y con arreglo á éstas se hacian las mezclas ó misturas, siendo las buenas, por supuesto, las hechas con buen conocimiento y juicio, ó digamos *secundum artem*.

Sí; bella, hermosa es la mitología griega, como lo era y es todo en el arte de aquel pueblo, al cual concedió el cielo ingenio sin par, viva fantasía, idioma superior á todos cuantos han conocido los hombres, exquisito gusto, concepcion cabal de la belleza, hasta en lo moral en gran manera, así como completamente en lo intelectual; pueblo al cual parece imposible exceder ó siquiera igualar, y que entre otras ventajas tuvo la de no haber sido imitador, y ha tenido la de haber obligado á los demás del mundo, sus sucesores, á imitarle. Bella es la mitología y digna de ser, ya respetada como antigualla venerable, ya empleada hoy mismo en no pocos casos en que viene bien su uso. Pero, tratando de argumentos modernos, apelar á ella suele ser accion errada. Las hadas tienen tambien su empleo legítimo y oportuno, por más que las mire con ceño y trate con dureza nuestro nuevo colega, con razon enojado de verlas bullir y entrometerse más de lo debido en obras de dias poco lejanos del presente, sucediendo con ellas lo que á menudo acontece, que aún quien algo vale, si quiere entrar donde no tiene su propio lugar, se hace incómodo y odioso, y viene á ser tasado en precio muy inferior al que de justicia le corresponde. Y por último, diga cuanto quiera Boileau sobre que las cosas de nuestra Santa Religion son impropias para la poesía, y peque como peca Chateaubriand por el lado opuesto, es cierto que hay algo y bastante en que Dios y su Madre divina y sus Santos y sus ángeles y su gloria, y los recuerdos bíblicos y los pensamientos y afectos de la piedad presente, y los vuelos y arrobos del alma devota, son fuentes de belleza poética, manantiales de pura, cristalina, sana y vigorizadora inspiracion; siendo sabido que el espíritu religioso y el poético tienen grandísima semejanza, ambos rebeldes á

cabal y exacta definicion, ambos sentidos aún por quienes pretenden ó desconocerlos ó negarlos; ambos, en fin, si bien en diferentísimo grado, superiores á lo material y grosero, y que deben contar con los mismos parciales porque tienen casi los mismos contrarios, pues cierta clase de poetas y críticos materialistas en su arte, hasta del espíritu poético están faltos, pudiendo decirse de las obras de los primeros que, aún cuando sean buenos versos, no son poesía. El espíritu religioso uniéndose con el poético sublima una composicion. Herrera en su bella, pero artificiosa cancion en loor del *jóven* de Austria con motivo de haber este domado á los moriscos, merece los elogios que de él hace el italiano Conti por lo bien ideado y dispuesto de su plan y tambien por grandes primores de ejecucion de que es la mejor prueba la última, hermosa y superior estrofa de la misma composicion tan aplaudida; pero en su cancion sobre la batalla de Lepanto, y en la elegiaca en donde lamenta la muerte del rey D. Sebastian se remonta á mayor altura, y vuela con más desahogo, porque es su inspiracion bíblica y no mitológica, como convenia al asunto que al poeta ocupaba. Racine, cuando habla por boca de Andrómaca, de Hermione ó de Fedra no pasa de ser imitador de Virgilio ó de Eurípides, pero en Atalía recibe inspiracion genuina de los libros sagrados en que cree y á los cuales venera. Cuando Tasso, procediendo con arreglo al algo confuso, pero no por esto mal gusto de su siglo, invoca á una musa, tiene cuidado de expresar que no es á aquella que

De laurel la frente  
En las cumbres reviste de Helicon,

sino á la que

En el cielo, entre la electa gente,  
Ciñe de estrellas inmortal corona;

y de allí saca la ferviente devocion y el santo entusiasmo que tanta hermosura dan á muchos pasajes de su Jerusalem,

cuya perfeccion principal constituyen, y no los amores de Armida y Reinaldo, mal copiados de los de Dido y Eneas, aunque Boileau encuentra en estos últimos una de las prendas que en el poema italiano de él poco apreciado disimulan ó compensan *la tristeza* de su cristiano argumento. Cier- to, entre los desvaríos del *Gusano roedor* y otros de igual ó parecido género, y la supersticion pagana de varios criticos clásicos, hay un término medio, que tiene, sobre la calidad de terciar entre opuestos extremos, el superior mérito de ser lo justo.

De todos modos, y á pesar de lo que acaba aquí de expresarse sobre los excesos á que puede llevar el culto exclusivo de la forma, en este lugar, más todavía que en otros se debe recomendar que se busque la perfeccion por medio del trabajo. Nacen, por más que haya sido comun repetir lo contrario, así como el poeta, el orador y el escritor de cualquiera clase, y dones son de la naturaleza, que nunca llega á dar el arte, un ingenio creador, una viva imaginacion, y una sensibilidad exquisita; pero con el estudio y el esmero, el que nació privilegiado, algo y aún bastante adquiere. Obra es de la creacion el diamante, mas no por esto ha de negarse ó rebajarse el valor de la habilidad del diamantista, y bien está que los haya para que alcance todo su mérito la primera ruda materia, y bien está que, habiéndolos, aprendan bien su oficio, digno del nombre de arte, pues en él tiene parte, no sólo la destreza de la mano, sino tambien el discurso y afan de la cabeza. No se crea, pues, que en las razones contenidas en este mal aliñado escrito hay intento de refutar lo que sólo se trata de esclarecer, ó cuando más de modificar para que las cosas queden puestas en el punto conveniente. *Mens sana in corpore sano*, es la expresion de lo apetecible en toda humana criatura. Formas bellas vistiendo y adornando bellos pensamientos constituyen la perfeccion de los productos de la mente, en los cuales debe haber, si es lícito emplear tal frase comparativa ó analó-

gica, *alma y cuerpo*, manifestándose la hermosura de la primera en la del segundo, pues hasta en la belleza material de la estatua, ó de la figura pintada, como en la de la obra mejor escrita, se ve y reluce la como divina inspiracion de la persona que las ha producido. A esto, sin duda, aspira el Sr. de Valera, á esto mis compañeros todos, y á lo mismo y no á otra cosa han ido encaminadas las pocas palabras que de mi boca ha oido este auditorio, para las cuales solicité vuestra indulgencia al empezar á hablar, y me veo forzado á solicitarla de nuevo al concluir, deseoso de que por mi torpeza no se equivoque mi intencion, pues dedicados como estamos á limpiar la lengua patria y darle esplendor, desatino y casi delito seria desacreditar el fin para cuyo logro sirve la trabajosa y no poco recomendable tarea por la cual se da á toda materia el correspondiente pulimento.

